

Peyter, Peter y Per

¡Es asombroso lo bien que entienden todo los niños de hoy! ¡Es difícil decir qué es lo que no saben! No quieren ni escuchar el viejo cuento sobre cómo la cigüeña los encontró en un pozo o en el estanque del molino y los llevó a papá y mamá, y sin embargo, ese cuento es la pura verdad.

Solo queda la pregunta: ¿de dónde salen los niños en los pozos o en los estanques de los molinos? No todo el mundo sabría responder esto, pero algunos sí lo saben. Si has observado atentamente el cielo en una noche estrellada, seguro que has visto multitud de estrellas fugaces. Parece como si las estrellas rodaran desde el cielo y desaparecieran. Las personas más sabias no pueden explicar aquello que no comprenden, pero si sabes de qué se trata, explicarlo no es difícil. Las estrellas caen del cielo como pequeñas velitas de árbol de Navidad y se apagan; son chispas divinas que vuelan hacia abajo, a la tierra. En cuanto llegan a nuestro aire espeso y denso, su resplandor se desvanece y nuestros ojos dejan de distinguirlas, porque son más delicadas y etéreas que el propio aire. Ahora ya no son una estrella, ni una chispa, sino un niño celestial, un pequeño ángel sin alas, destinado a convertirse en humano. Se desliza silenciosamente por el aire, el viento lo recoge y lo deposita en el cáliz de una flor: ya sea en una violeta nocturna, en un diente de león, en una rosa o en un clavel. Allí yace el niño y cobra fuerzas. Es tan ligero y etéreo que una mosca podría llevarlo en sus alas, y una abeja mucho más. Ambas revolotean sobre la flor buscando dulce néctar. Aunque el niño etéreo les estorbe, no se atreven a empujarlo al suelo, sino que lo trasladan a las grandes hojas redondas de los nenúfares y lo dejan tendido al sol. El pequeñito se desliza poco a poco desde la hoja al agua, duerme allí y sigue creciendo, creciendo, hasta volverse tan grande que la cigüeña lo ve, lo pesca y lo lleva a las personas, a alguna familia que lleva tiempo soñando con tener un niño tan adorable. Solo que si será adorable o no depende del agua. Bien está si el agua del pozo donde yacía era limpia, pero a veces el pequeñín traga limo y suciedad, y entonces no hay que esperar nada bueno. La cigüeña agarra al primero que se le pone por delante, sin distinguir. Y reparte los niños donde puede: uno puede caer en una buena familia, con padres intachables; otro, en manos de gente grosera y tan desdichada, que mejor habría sido que la cigüeña nunca hubiera sacado al bebé del estanque.

Los niños ya no recuerdan cómo dormían bajo la hoja del nenúfar, cómo las ranas les cantaban por las tardes en coro «¡Croac-croac-croac!», que en nuestro idioma significa: «¡Dormid profundamente, que tengáis buenos sueños!». Los niños tampoco recuerdan la flor en la que cayeron desde el cielo, ni siquiera recuerdan

su aroma, y aun así, cuando se hacen adultos, algo les impulsa a elegir su flor favorita, precisamente aquella donde yacieron al llegar a la tierra.

La cigüeña vive hasta una vejez profunda, pero no olvida a los bebés que llevó a las personas; los vigila, averigua cómo les va la vida. Es cierto que cambiar sus vidas no está en su poder, ni puede ayudarlos en nada: tiene bastante con ocuparse de sus propios hijos. Pero esos bebés no salen de su cabeza.

Conozco a una vieja cigüeña, experimentada y muy respetable. Ha llevado a las personas ya multitud de niños, de cada uno puede contar toda una historia, y en cada una habrá un poco de limo y suciedad del estanque del molino. Le pedí que me contara al menos sobre uno de esos infantes, y él me ofreció no una, sino tres historias enteras, todas sobre la familia Petersen.

Era una familia maravillosa. El cabeza de familia era uno de los treinta y dos padres de la ciudad, lo cual es un gran honor. Y él mismo acababa de cumplir treinta y dos años. Justo entonces apareció la cigüeña y trajo al pequeño Peyer —así llamaron al niño—. Al año siguiente, la cigüeña trajo otro niño, al que pusieron por nombre Peter, y cuando la cigüeña llegó con el tercero, lo bautizaron como Per, porque los nombres Peyer, Peter y Per encajan muy bien con el apellido Petersen.

Así crecieron tres hermanos, tres chispas celestiales. Cada uno había crecido en su propia flor, cada uno había dormido bajo su propia hoja de nenúfar en el estanque del molino, hasta que la cigüeña los llevó a la familia Petersen, que vive en la esquina. Bueno, tú mismo conoces perfectamente su casa.

Los hermanos crecieron, se hicieron más listos y soñaban con llegar a ser alguien más importante que su padre.

Peyer soñaba con convertirse en bandolero. Había visto en el teatro «Fra Diavolo» y decidió que el oficio de bandolero era lo más agradable del mundo. Peter quería ser hojalatero y pasar todo el día haciendo ruido con hierro: ¡qué música sería esa! Y Per era un niño ejemplar, tranquilo, gordito y sonrosado. Es cierto que se roía las uñas, pero ese era su único defecto. Per soñaba con llegar a ser «como papá». Así respondían todos cuando alguien les preguntaba qué querían ser al crecer.

Fueron a la escuela. Uno se convirtió en el primer alumno, otro en el último, y el tercero quedó justo en medio. ¿Pero acaso importan las notas? De todos modos, los tres eran niños inteligentes y maravillosos, al menos eso afirmaban sus padres, muy instruidos.

Los hermanos iban a fiestas infantiles, fumaban a escondidas cuando nadie los veía, y adquirían juicio y sensatez.

Peyer desde pequeño fue terco, como corresponde a un futuro bandolero. Era terriblemente desobediente, pero su madre decía que era por los gusanos que lo atormentaban. Todos los niños desobedientes tienen gusanos, ¡la culpa es del limo en el estómago! Pronto la madre comprobó en su vestido nuevo hasta qué punto era testarudo e indómito.

—¡No empujes la mesa, corderito! —le dijo ella—. Volcarás la nata y mancharás mi vestido nuevo.

Entonces el «corderito» levantó tranquilamente la lechera y vertió la nata directamente sobre las rodillas de su madre, con toda calma. Ella solo repetía:

—Corderito, querido, ¿qué te pasa? ¡Recobra el juicio!

Pero tuvo que admitir que el niño tenía voluntad. Y la voluntad es prueba de firmeza de carácter, algo muy grato para una madre.

Peyer bien podría haberse convertido en bandolero, pero las cosas no salieron exactamente así. Por fuera, sí parecía un verdadero bandolero: cabello largo y despeinado, cuello desnudo, sombrero calado hasta la nariz. Así visten los pintores, y él quería ser pintor, solo que no pasó del traje. Todo lo que dibujaba salía parecido a la malva, igual de largos y flacos. Él mismo era exactamente una malva. Está claro por qué amaba tanto esa flor, dijo la cigüeña, pues la malva había sido su cuna.

A Peter lo encontraron en la flor del olivo. Sus labios brillaban como engrasados, su piel amarilla relucía; parecía que si le pellizcaban la mejilla, saltaría el aceite. Debería haber comerciado con aceite, él mismo habría sido su propia publicidad. Pero en su interior seguía siendo, como siempre, hojalatero: fue el único de toda la familia Petersen que siguió la senda musical.

—Y gracias a Dios que al menos uno trabaja por todos —decían los vecinos.

En una semana podía componer diecisiete polcas, y con ellas remendar una ópera llena de estruendo y chirridos. ¡La ópera resultaba formidable!

Per era de rostro blanco y mejillas rosadas, de estatura pequeña y sin nada destacado, pues lo había mecido una modesta margarita. Si otros muchachos lo golpeaban, nunca devolvía el golpe. Decía que él era el más sensato, y los sensatos siempre ceden. Primero coleccionaba puntillas de lápiz, luego sellos postales, y después montó un rincón de naturalista, donde guardaba un esqueleto de smelt, tres ratones ciegos en un frasco con alcohol y un topo disecado. Per sentía atracción por las ciencias, y también percibía la naturaleza. ¡Y qué agradable era esto tanto para él como para sus padres! Per prefería ir al bosque antes que a la

escuela, anteponía la naturalidad a la educación estricta. Sus hermanos ya estaban comprometidos, mientras él aún solo soñaba con una cosa: perfeccionar su colección; recolectaba huevos de aves acuáticas. Conocía a los animales mucho mejor que a las personas, e incluso consideraba que las bestias habían superado ampliamente al hombre en lo más sagrado: en el amor. Per observó que mientras la madre ruiseñor empolla los huevos, el padre ruiseñor canta toda la noche para su amada compañera, ¡y qué trinos despliega! Per jamás podría cantar así, ni siquiera debería intentarlo. ¿Y las cigüeñas? Cuando la cigüeña hembra con los polluelos está en el nido, el padre cigüeño los vigila toda la noche, parado sobre una pata. ¡Per no aguantaría ni una hora así! Y después de que una vez examinara detenidamente la telaraña tejida por una araña, abandonó para siempre cualquier pensamiento sobre el matrimonio. El señor araña trabaja incansablemente en su tela, atrapando en ella moscas despreocupadas, jóvenes y viejas, flacas y repletas de sangre. Vive únicamente para tejer sus redes y asegurar el sustento de su familia. Y la señora araña vive solo

para el querido esposo. Ella ama tanto a su cónyuge que lo devora vivo, con cabeza, corazón y estómago; solo sus largas y delgadas piernas quedan asomando en la telaraña que él tejía para alegría de su familia. ¡He aquí una historia verídica de la vida animal! Per observó todo esto y decidió: «¡Esto sí que es amor! ¡Cómo hay que amar con pasión para tragarse al propio marido con todas sus entrañas! No, los humanos no llegan tan lejos, ¿y acaso hace falta?»

Y Per se juró a sí mismo nunca casarse, nunca besar a nadie ni recibir besos, pues el beso es el primer paso hacia los lazos matrimoniales. Y, sin embargo, no logró evitar un beso; ese nos llega a todos tarde o temprano: el largo beso de la muerte. Tras haber vivido el hombre sobre la tierra, la muerte recibe la orden: «¡Bésalo!» —y el hombre perece. Desde el cielo brilla un rayo de luz, tan intenso que al hombre se le oscurecen los ojos. Y el alma del hombre, que en otro tiempo cayó a la tierra como una estrella, vuelve a elevarse hacia el cielo. Ya no podrá mecerse en el cáliz de una flor ni dormir bajo la hoja de un nenúfar. Le aguardan asuntos más importantes. Se marcha hacia la gran país de la eternidad. ¿Cómo es ese país, dónde está y qué hay en él? Nadie lo sabe. Nadie lo ha visto, ni siquiera la cigüeña, aunque tiene ojos agudos y lo sabe todo en el mundo. Por eso tampoco sabe nada más acerca de Per; en cambio, podría contar mucho sobre Peñter y Peter, pero yo ya he oído bastante sobre ellos, y tú también, probablemente. Así que agradecí cortésmente a la cigüeña y le dije que por esta vez ya tenía suficiente. Y ella, a cambio de esta breve historia, que además no tiene nada de especial, me exige tres ranas y una culebrilla. Resulta que acepta como pago provisiones comestibles. ¿Estás de acuerdo en pagarle? ¡Yo no! No tengo ni culebras ni ranas.

